

Pareciera que la fortaleza personal estriba en el sometimiento del otro; en la imposición del propio criterio al próximo; en la pertenencia al grupo como reducto de seguridad, despreciando o descartando al que no interesa.

Lo que, desde los Colegios Diocesanos quisiéramos impulsar es la aparición de ámbitos de encuentro y acogida, de relación, que hace crecer a todos, padres e hijo, educadores y alumnos hacia una realidad que permita a todos vivir con dignidad nuestra condición de Hijos de Dios, hermanos en Cristo.

Acojamos el reto de escuchar, acoger al otro, de estar cercanos, de no despreciar sus diferentes modos de ser. Llamemos a cada uno por su nombre, el suyo, no el que nosotros y otros le han puesto.

